José Luis Carretero

El nuevo escenario político de América Latina

"Once días de lucha atravesaron, como una lanza, la historia ecuatoriana en octubre de 2019". Así se presenta el libro *Estallido. La rebelión de octubre en Ecuador*, escrito por Leónidas Iza, Andrés Tapia y Andrés Madrid, conocidos militantes de la Confederación de Nacionalidades Indígenas del Ecuador (CONAIE) y el sindicato Confederación de Trabajadores Solidaridad Ecuatoriana (CTSE).

Los autores de este libro estuvieron este verano en Madrid, contándonos a algunos militantes del sindicalismo combativo cómo se organiza la CONAIE, una masiva plataforma conformada por cerca de un millón de personas agrupadas en distintas comunidades indígenas que ha tumbado varios gobiernos en las últimas décadas de la historia ecuatoriana. También nos narraron los esfuerzos que diversos activistas sociales están realizando para construir un sindicalismo amplio y de base en dicho país latinoamericano. Pero, sobre todo, nos hablaron de octubre de 2019 y de las posteriores derivas políticas de un continente donde las redes de la extrema derecha se expanden a pasos agigantados.

Octubre de 2019 fue la fecha de una revuelta masiva de los indígenas y trabajadores ecuatorianos. La toma, durante once días, de la ciudad de Quito y de las principales vías de comunicación por los militantes de los movimientos sociales fue respondida con una represión brutal por parte del gobierno de Lenin Moreno, que finalmente tuvo que ceder ante muchas de las reivindicaciones de la multitud que se agolpaba en las calles y los parques de la capital.

Es importante retener quien era Lenin Moreno. Resulta significativo entender que Moreno fue el sucesor designado por el movimiento de la Revolución Ciudadana de Rafael Correa para continuar su obra, una vez el presidente Correa tuvo que exiliarse en Europa tras ser acusado en diversas causas de corrupción, que componían un articulado uso de las técnicas de *lawfare* contra el gobierno progresista. Moreno no solo no continuó las políticas progresistas de Correa, sino que realizó un duro viraje neoliberal que implicó una ofensiva directa contra las condiciones de vida y de trabajo de las clases populares, así como contra la misma trama ecológica que garantiza la supervivencia de los pueblos indígenas. Las políticas neoliberales de Moreno impulsaron el levantamiento de octubre en Ecuador.

Pero esa no fue la única revuelta que se inició ese mes en América Latina. Al mismo tiempo, las calles de las principales ciudades de Chile se incendiaban por el descontento de toda una nueva generación, que ponía en cuestión la arquitectura constitucional del país, heredada del pinochetismo. En Colombia se vivían enormes movilizaciones sociales, en medio de una huelga general sin precedentes. En Bolivia, los movimientos sociales forzaban a la clase dirigente a dar marcha atrás en su intento de golpe de estado judicial contra Evo Morales, impulsando unas nuevas elecciones que se celebraron con la mayoría de la población indígena y trabajadora protestando en las calles.

Las múltiples revueltas de octubre se frenaron y desarticularon al hilo de la implementación de los confinamientos provocados por la pandemia de Covid 19. La gente fue expulsada de las calles, y la movilización social fue transmutada en una febril lucha diaria por la supervivencia individual y colectiva.

Pero octubre era el síntoma evidente de que algo había cambiado. Una nueva fase política se abría en América Latina. Se iniciaba una dinámica cuyas derivaciones actuales siguen siendo enormemente abiertas. Tras un inicio de siglo marcado por la persistencia, cada vez más problemática, de los gobiernos progresistas y el discurso prefigurador del "socialismo del siglo XXI", la década anterior a 2019 había estado marcada por la recomposición de la derecha, su acceso al poder en numerosos países (Argentina, Ecuador, etc.) y sus primeras experimentaciones con el populismo trumpiano, en el Brasil de Bolsonaro.

A la vuelta de los confinamientos, el escenario político latinoamericano se había transformado. Pero su transformación, que sigue en curso aceleradamente hoy en día, no muestra una dirección clara y persistente. La batalla social en curso no tiene, ahora mismo, un ganador evidente. El progresismo trata de rearticularse, obteniendo victorias parciales, construidas las más de las veces mediante la formación de alianzas amplias con sectores que difícilmente pueden considerarse "progresistas" en lo social o lo económico, mientras su relación con los movimientos de base se mueve en todo tipo de contradicciones y ambigüedades. La derecha bascula, cada vez más acusadamente, hacia el extremismo populista y el ultraliberalismo, generando redes transnacionales de pensamiento ultra vinculadas con la extrema derecha global.

El progresismo ha obtenido recientemente sonadas victorias electorales, como la de Lula en Brasil o la de Gustavo Petro en Colombia. El precio pagado por ello ha consistido en aceptar encabezar un bloque de alianzas que incluye partidos de centro y de derecha, que bloquean la acción de gobierno y limitan las transformaciones políticas en países en los que dichas transformaciones son claramente imprescindibles para desarticular o debilitar el bloque oligárquico que ejerce el poder fáctico sobre la política económica y social. Sin esas transformaciones de fondo, el progresismo está condenado a continuar siempre en el alambre, presionado desde abajo por los movimientos sociales y limitado en sus acciones por un statu quo básico firmemente atado por la oligarquía.

La imposibilidad del gobierno peronista de Alberto Fernández de desanudar la trampa económica preparada por Macri (petición de un préstamo de 44.000 millones de dólares al FMI, implementación de medidas neoliberales de difícil reversión) constituye un buen ejemplo de los límites inherentes a la alianza encabezada por el progresismo. Que Sergio Massa, un ferviente antikirchnerista conservador, se haya convertido en el candidato del peronismo a la presidencia de la Argentina, y haya constituido la única alternativa factible a Javier Milei, es una muestra de las dificultades que encarna la alianza progresista, muy lejos ya de la narrativa del "socialismo del siglo XXI" o de las apelaciones al "protagonismo de los movimientos". El fuerte conservadurismo en temas como el aborto o el feminismo de los sectores que elevaron a Pedro Castillo a la presidencia del Perú es otra muestra de las contradicciones inherentes a las dinámicas de construcción de los frentes progresistas en América Latina.

La derecha, sin embargo, vive en medio de una mutación profunda. Los sectores más civilizados sienten el vértigo de la transformación, y se pasan a la alianza progresista en los momentos más álgidos de la confrontación, como ha pasado con la dirigencia de la Unión Cívica Radical en Argentina, que ha apoyado a Massa en la segunda vuelta electoral, tras el hundimiento de la candidatura de la derecha tradicional encabezada por Patricia Bullrich.

Pero la mayor parte de la derecha ensaya

nuevas formas de hacer política, bajo el influjo del trumpismo y de la emergencia de la ultraderecha europea. Bolsonaro en Brasil, José Antonio Kast en Chile, o Javier Milei en Argentina son los candidatos ultraderechistas más conocidos, pero ha habido candidaturas comparables en las elecciones colombianas, ecuatorianas o bolivianas. La ultraderecha está arrastrando a su terreno a gran parte de la derecha tradicional, y cuenta con el apoyo de grandes grupos mediáticos y empresariales. Con una mezcla variable de ultraliberalismo, populismo y crítica contra "la casta política", los candidatos ultras están obteniendo resultados electorales muy reseñables. Han paralizado el proceso constituyente chileno, han gobernado Brasil y están impulsando un experimento propio en materia de seguridad ciudadana y represión de las clases populares en El Salvador.

La ultraderecha está construyendo una amplia base social propia. Los pensadores de la izquierda latinoamericana están intentando desentrañar el contorno de esta mueva "alianza parda". Andrés Ruggeri, un brillante intelectual vinculado al movimiento de las empresas recuperadas argentinas, llama la atención sobre la base social que sustenta los resultados electorales de Milei. Junto al precariado que se movilizó en la crisis del 2001 y la clase trabajadora formal, que conforman sectores ligados a los sindicatos o a los movimientos de la "economía popular" (piqueteros, cooperativistas, etc.), que están encuadrados por la izquierda o el peronismo, está emergiendo una amplia capa de sectores precarios producto de la proletarización neoliberal de la "clase media": cuentapropistas ("autónomos", que diríamos en España), empresarios "minipyme", trabajadores sumergidos, estatales precarizados, etc. En palabras de Ruggeri: "Hay un elefante que creció a la vista de todos: la emergencia de un sector del trabajo que fue expulsado de la relación salarial formal, pero no tanto como para formar parte de las grandes organizaciones de la llamada economía popular. Se trata de un sector que, en la visión de la mayoría de los economistas y de los sectores políticos en general, brilla por su ausencia o se lo considera un fenómeno pasajero y que ninguna gran organización (sean sindicatos, cámaras empresarias o movimientos sociales) representa ni contiene".

Este sector alimenta la alianza ultraderechista, le otorga masividad y un timbre "popular". Más allá de los sofisticados teóricos de la internacional "parda" o de los sectores de las élites que están jugando a la dictadura, la nueva ultraderecha organiza, de forma heterónoma (es decir, sin darle cauces de participación política efectiva, sino un "significante vacío" en los términos de Laclau) a una capa creciente de la sociedad. Como afirma Ruggeri: "De alguna manera, el atractivo de Milei para estos sectores desencantados y rabiosos radica en la combinación de un discurso de soluciones mágicas, un enemigo fácil ('la casta', 'los políticos') y un imaginario a futuro. Un imaginario desquiciado pero que promete una vida nueva sacándose de encima a ese Estado que los ignoró y los deja librados a su suerte ('su esfuerzo') y su responsable, 'la casta'. Lo disruptivo es que este discurso se basa en la ideología de los neoliberales extremos, aquellos que tienen como máximo objetivo, a decir de David Harvey, la reconstitución del poder de clase, que creyeron amenazado por el Estado Benefactor y el comunismo. Un enemigo que el macrismo tradujo como populismo y Milei, al igual que Bolsonaro, vuelve a rectificar en el socialismo y el comunismo, que va desde Larreta hasta el más radicalizado de los izquierdistas. Lo singular es que se trata de un discurso demasiado burdo para las clases acomodadas, que quieren dominio, pero previsibilidad para sus negocios, y no una ruleta rusa que puede salir mal. No es un discurso para el empresariado, aunque lo parezca, y el propio Milei así lo piense, es un discurso para el nuevo proletariado 'contra sí'".

El escenario latinoamericano es, pues, complejo y está tremendamente abierto.

Pero no solo está abierto de cara al futuro, sino que está también abierto a los nuevos vientos de la actualidad política y social de nuestro mundo. En Estados Unidos, en Polonia, en Argentina, en España, un poco por todas partes, la nueva línea de confrontación se reproduce. El escenario tradicional del bipartidismo turnista entre conservadores y progresistas (en Europa, socialdemócratas), que se configuró tras la Segunda Guerra Mundial está saltando por los aires en todas partes. Le sustituye una dura pugna por el poder entre una alianza "democrática-progresista" que incluye a los sectores más civilizados de la derecha (como Donald Tusk en Polonia) y un polo "populista-ultraderechista" que trata de romper todos los acuerdos previos sobre la gestión democrática del poder, que coquetea con la dictadura, y que se apoya en una amalgama social más amplia y plural de lo que a los progresistas les gusta pensar.

La derecha tradicional conservadora sufre un acusado desgarro en el marco de esta nueva rearticulación de los frentes del conflicto social. Algunos sectores añoran el bipartidismo ordenado y trabajan por él, incluso integrando los frentes democráticos latinoamericanos o encabezándolos, como en Polonia. Sin embargo, la mayor parte de la derecha ya ha sido colonizada por el discurso ultraderechista y se alinea cada vez más con las tendencias extremas, como estamos viendo en España. ¿Hacia dónde basculará finalmente la derecha tradicional? Lo que hagan los conservadores, de qué alianza elijan formar parte, será decisivo, probablemente, para el futuro de nuestras sociedades. Habrá que estar atentos al conflicto en el interior de la derecha, a la "batalla de las ideas" entre los ultras y los conservadores democráticos. A la política interna del Partido Republicano norteamericano o del Partido Popular Europeo.

Otro tanto ocurre con el frente "democrático-progresista": la tensión entre los movimientos de base, que reivindican transformaciones, y los dirigentes, que impulsan alianzas con sectores no progresistas, multiplica las contradicciones. La izquierda transformadora (comunistas, trotskistas, anarquistas, ecologistas, autonomistas, etc.) puede acabar enclaustrada en un ámbito marginal, incluso en los países donde aún mantenía una fuerza apreciable. Si no es capaz de desarrollar un discurso y una práctica a la altura de las mutaciones sociales del escenario histórico actual, acabará convertida en un simple aditamento folclórico de las movilizaciones del "frente democrático". Si no consigue implementar una estrategia propia, que no excluya alianzas amplias pero que garantice, al tiempo, su autonomía, estará condenada a la irrelevancia. Máxime cuando algunos sectores de la izquierda, ganados por la desesperación y la confusión reinantes en su mundo, ensayan fórmulas de alianza "rojiparda" con el bloque de la ultraderecha, que no pueden llevar más que a su absorción por el nuevo fascismo.

Mientras tanto, en contextos de miseria masiva y represión ubicua, como el de América Latina, las revueltas siguen siendo una realidad recurrente. Los octubres volverán a repetirse. Como dicen Leónidas Iza, Andrés Tapia y Andrés Madrid, en su apasionante libro *El estallido*, sobre la revuelta ecuatoriana de 2019: "Octubre fue una abrumadora manifestación de comunidad humana, de protección entre los miembros de la familia ampliada, como sugiere el maestro Paco Salvador: de realización del *muyundi Yawar kanchik* de los pueblos kichwas, del *todos somos hermanos* en lengua castellana".